

MONITOR DEL COMERCIO

PERIODICO SEMANAL DE ANUNCIOS Y NOTICIAS MERCANTILES Y LITERARIAS.

Lo publica el Establecimiento de D. Francisco de P. Mellado.—Calle de Sta. Teresa, núm. 8.—Madrid.

PRECIO DE SUSCRICION: 8 rs. por trimestre en Madrid y 10 en provincia.—PRECIO DE LOS ANUNCIOS: 50 céntimos por línea de cuarenta letras.
—SE SUSCRIBE y se reciben los anuncios, en Madrid en el despacho del Establecimiento y en las librerías de Durán, Baylli-Bailliere, Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, Villaverde, Lopez, Guijarro, Hernando, de la Publicidad y Americana. En provincia por conducto de los corresponsales ó enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

LOS DOS HERMANOS.

Mi madre se había casado dos veces. Jamás la oía hablar de su primer marido; la razón no he podido llegar á averiguarla. Apenas tenía diez y siete años, cuando se casó con un hombre de veinte y dos. Tan pronto como se celebraron las bodas, los dos jóvenes esposos salieron para Cumberland, donde habitaron una pequeña casa situada en la costa, pero ya fue que aquel clima no les probase, ó ya que la experiencia no estuviese muy desarrollada en el joven arrendador, sus trabajos no correspondieron á sus esperanzas: la pena alteró en salud y murió á los veinte y cinco años. Mi madre quedó viuda y con un niño que apenas andaba, y con la quinta, cuyo arriendo no espiraba sino en el intervalo de cuatro años: menos mal si la hacienda se hubiese encontrado en buen estado. Pero dejó dicho que ya estaba en peligro en tiempo de su primer matrimonio: los establos estaban vacíos, las epidemias habían diezñado los animales y lo que quedaba había sido necesario entregarlo para satisfacer las deudas mas apremiantes: el cofre, también estaba vacío, en fin, se acercaba el momento en que mi madre iba á dar á luz otro niño, lo que llevaba á su colmo el infortunio de aquella desgraciada criatura. ¡Cuán triste debió de ser el primer invierno de su viudez! El país que habitaba tiene un aspecto salvaje, y las haciendas, diseminadas en el campo están casi todas, separadas por mas de una legua de distancia, lo que hace que sus habitantes no puedan comunicarse entre sí durante el invierno. La hermana de mi padre movida por la compasión vino á establecerse en la quinta, y reuniendo su trabajo, cosiendo día y noche las pobres mujeres no dejaban de pensar en conservar los chelines tan penosamente ganados. No sé como mi pequeña hermana, que no tuvo la suerte de conocer, enfermó del sarampión quince días antes del nacimiento de Gregorio: murió en menos de una semana. Este último golpe no le podía soportar mi madre: se encontró sin lágrimas para llorar á su hijo. Mi tía Fanny me ha dicho frecuentemente que hubiera dado cuanto la quedaba en el mundo por ver humedecerse los ojos de su hermana: pero la desgraciada madre se pasaba todo el día al lado de la cuna de su hija teniendo entre sus manos las de la niña muerta mirando con una fijeza terrible el pálido y hermoso rostro sin poder verter una lágrima. Al día siguiente vinieron de la iglesia á buscar el cuerpo para enterrarle. Abrazó por última vez á su hija sin proferir palabra y fué á sentarse en la ventana para seguir con la vista el convoy fúnebre, que se componía de algunos vecinos, de mi tía y de un primo lejano, únicos amigos que se habían podido reunir, y se pusieron en marcha lentamente por un sendero sinuoso cubierto de nieve que no había dejado de caer la noche precedente y que todavía cubría el campo.

Al volver del cementerio, la tía Fanny encontró á su hermana en la misma posición y con sus ojos tan secos como el día anterior. Ni una lágrima derramó hasta el día del nacimiento de Gregorio, pero entonces, como si se hubiese roto el dique de su corazón, lloró durante muchos días y muchas noches; pero tanto y tan fuerte que mi tía y las personas que la acompañaban comenzaron á mirarse con aire consternado y á preguntarse á media voz que se podría hacer para consolarla; pero al fin y al cabo no encontraron medio, diciendo que estas lágrimas desahogaban su pobre corazón tan dolorosamente oprimido por la imposibilidad en que se había visto de llorar. Al cabo de unos días pareció ocuparse del hijo que la quedaba y no soñar tanto con su marido y con su hija que dormían en el cementerio de Brigam: esto es lo que decía Fanny; pero esta era de humor franco y comunicativo y su hermana al contrario reservada y pensativa; de modo que podía engañarse creyendo que mi madre había olvidado á su marido é hija porque no hablaba de ellos. Mi tía Fanny, de algunos años mas de

edad que su hermana, había conservado la costumbre de tratar las cosas á lo niño, pero, fuera de esto, era una excelente mujer, llena de celo y que cuidaba mas de la familia que de ella misma. En el tiempo de que hablo, era casi únicamente la que hacía vivir tanto las pequeñas rentas como el trabajo de mano: porque mi pobre madre, debilitada sin duda por las lágrimas que tan abundantemente había vertido, había desfallecido hasta el punto de no poder dedicarse sino á las labores que le habían proporcionado un auxilio después de la muerte de su marido: todavía se conservaba muy joven, y á decir de la gente, era la mas hermosa que había en diez leguas á la redonda. La debilidad de la vista que la imposibilitó de tal manera que no pudo auxiliar con su trabajo las necesidades suyas y de su hijo, fué para ella un golpe terrible. En vano trató Fanny de persuadirla que la dirección de la quinta y el cuidado de Gregorio reclamaban todos sus momentos, la pobre viuda no se dejaba convencer: no estaba tranquila al ver la marcha de las cosas; que Fanny no comiese sino alimentos groseros y que Gregorio, niño débil y de poco apetito, necesitaba un alimento mas nutritivo y sustancial que el que se le podía dar.

Un día después de las doce y cuando una hermana corría con rapidez, en tanto que la otra acunaba á su hijo á fin de hacerle dormirse, William Preston, de quien yo soy hijo, vino á visitar á las pobres solitarias.

Este William era considerado en el país como hombre entrado en años, que ya hacía tiempo que había pasado la edad de casarse, pues en la época de que hablo ya pasaba de los cuarenta: era un rico hacendado y poseía la fortuna mas completa y mejor asegurada de todo el país. Amigo de mi abuelo, había conocido en otros tiempos á mi madre y hermana cuando marchaban con prosperidad. En esta primera visita se sentó entre las dos, dejando y tomando su sombrero con aire embarazado, no prestando casi atención á la conversacion de Fanny, y echando de vez en cuando una mirada espresiva á mi madre. El trató que se conociese el objeto de las continuas visitas que hacía á las dos hermanas, pero éstas no lo conocieron hasta que el rico hacendado se decidió á decirlo. Un domingo el cuidado de Gregorio fué encomendado á la tía Fanny por mi madre que se fué sola á la iglesia, donde estuvo mas tiempo que el de costumbre. A la vuelta, en vez de entrar en la cocina, como hacía siempre, para abrazar á su hijo y hablar cuatro palabras con la tía Fanny, corrió á encerrarse en su cuarto, y su hermana no tardó en oír la sollozar muy alto. Subir la escalera, llamar á la puerta del cuarto de mi madre, reñirla por ponerse en este estado, y ordenarla perentoriamente abrir la puerta, todo esto fué para la tía Fanny obra de un momento.

Abierta la puerta, mi madre se echó anegada en lágrimas en brazos de su hermana, y le contó en medio de su llanto que William Preston acababa de pedirle su mano, y que, como se encargaba de buena voluntad del niño Gregorio, y se comprometía á darle buena educacion y asegurarle el porvenir, había consentido en ser su mujer, y que estaba dada la palabra por una y otra parte. Esta nueva sorprendió mucho á Fanny, y si yo no me engaño, casi llegó á enfadarse. Ya he dicho á modo de advertencia que mi madre había sido demasiado pronta en olvidar su primer marido; pero le quedaba todavía respecto á esto una sombra de miramiento; este casamiento tan precipitado le disipaba de un golpe. Además mi tía Fanny, no podía menos de pensar que ella misma habría sido una carga menos pesada para un hombre de la edad de William Preston, que esta pequeña Elena, que, viuda y todo como estaba, solo tenía veinte y cuatro años. Y luego como observaba muy juiciosamente la sabia Fanny, no habiendo pedido su parecer en este suceso, ¿qué razón tenía que le apoyase? Dejébase comprender que este casamiento tenía también buenos alcances. Desde hacía algunos meses, la viuda Elena, había descendido en salud de tal modo que se esperaba que no podría recobrarla jamás completamente, y, como mujer del rico William Preston, no

tendría necesidad de cuidarse por sí misma, pudiendo estar con los brazos cruzados durante todo el día: tampoco era pequeña la carga para una joven sin recursos, de un niño que educar, y para conseguirlo la autoridad de un hombre de bien no era cosa de desperdiciar. Así ratiocinando, Fanny se reconcilió con la idea de este matrimonio, llegando al fin á hablar mas frecuentemente que mi madre, que, desde el día que dió su palabra á William Preston, no sonrió jamás, y no se atrevió á levantar la vista del suelo. Desde este día también la ternura para con su hijo, que siempre había sido grande, pareció todavía ser mayor, no cesaba de hablar al niño cuando estaba sola con él, pero Gregorio era muy pequeño para comprender el sentido de sus palabras y para consolarla de otro modo que con sus caricias.

El día del matrimonio, William Preston llevó á su mujer á habitar una gran posesión, y mi tía Fanny volvió á su hacienda no muy distante de la nueva habitación de su hermana.

Estoy convencido que mi madre hizo todo lo posible para hacer dichoso á mi padre. Muchas veces le he oído decir que nunca había conocido mujer mas respetuosa, mas sumisa y que mas atendiese á sus obligaciones. Pero no amaba á su marido, y él no tardó en apercibirse de ello. Toda su ternura era para Gregorio.

Tal vez con el tiempo hubiese llegado á amar á William Preston, pero éste no podía ver sin subírsele la sangre á la cabeza, chispear de alegría los ojos de Elena al ver aparecer á su hijo, en tanto que su marido y el hijo que de éste tenía no alcanzaban sino una sumisión y respeto glaciales. Poco á poco mi padre llegó á echar en cara á su mujer su demasiado cariño á Gregorio, y concibió contra este niño una aversión mortal. Estaba celoso, hasta con la injusticia de este cariño que saltaba como un abundante manantial de este corazón cerrado para él. El hubiese querido que su mujer le amase mucho y esto era muy puesto en razon; pero lo que era fuera de orden y cruel, hubiera querido que dejase de amar á su hijo. Un día poseído de impaciencia, irritado desde hacía tiempo, devorado por el sentimiento, mi padre se abandonó á su enojo. Se enfadó con Gregorio no sé por qué fechoría infantil: mi madre salió á la defensa de su hijo. En su exasperacion, William Preston, se lamentó de haber tomado á su cargo el cuidado de un hijo extraño, estando obligado á ver que su mujer misma, autorizaba sus diabluras y aun le defendía. Las cosas pasaron adelante, la disputa se agravó y mi madre calló viniendo yo al mundo en estos días desgraciados. Mi nacimiento hizo á mi padre á la vez, dichoso, orgulloso y triste. Su alegría y su orgullo, venían de saber que tenía un hijo, su tristeza de ver el estado de mi pobre madre, de que él había sido causa en un acceso de cólera. Pero mi padre era de esos hombres que quieren mejor irritarse que arrepentirse y que no saben conocer sus faltas. No tardó en hacer blanco á Gregorio de todo el odio que contra él había concebido y mi nacimiento prematuro, vino á aumentar la aversión de William Preston hacia mi desgraciado hermano. A esta aversión se unieron bien pronto cosas mas graves. Desde el día de mi nacimiento mi madre fué presa de una languidez mortal. Mi padre hizo venir los médicos de mas fama, hubiese vendido su sangre por salvar á su mujer, si la plata la hubiera podido salvar; pero nadie podía conseguir esto. He oído decir algunas veces á mi tía Fanny, que mi madre, despreciando la vida, se dejó morir dulcemente por no hacer esfuerzo para conservar su existencia: todas las veces que quise hacer esplicarse á mi tía Fanny, me ha dicho que su hermana se conformaba con todas las prescripciones de los médicos con esa sumisión resignada que mostraba en todos los pasos de la vida. Un día, esta fué su última súplica, manifestó deseo de que se condujese á Gregorio á su lecho, y cuando nos tuvo á su lado tomó mi pequeña mano y la colocó sobre la de mi hermano. Entró mi padre en este momento en la alcoba, y viéndome mirarnos uno á otro con una dulce atención, y dirigiéndose hacia ella, la preguntó afectuosamente como estaba,

echando sobre ambos niños una mirada de agrado y regocijo. Entonces mi madre, sorprendiendo esta expresión de bondad en su fisonomía, osó levantar sus ojos y le sonrió; quizás era esta la primera sonrisa que concedía á su marido; ¡y qué sonrisa tan dulce y reconocida! decía Fanny, que se detenía siempre en este punto de su relación. Una hora después mi madre era un cadáver.

Fanny vino á establecerse en la casa de mi padre, esto era lo mejor que pudo hacer. Mi padre hubiese preferido volver á su antigua vida, pero el cuidado de dos niños de corta edad hacía indispensable una mujer; ¡y qué mujer mejor para esta ocupación que la hermana de mi madre? La tía Fanny se ocupó, pues, exclusivamente de mí desde mi nacimiento; y como yo fui durante mucho tiempo débil y enfermizo no abandonaba mi cuna ni de día ni de noche. Mi padre estaba tan preocupado como ella de mi salud. Hacía mas de trescientos años que la quinta que ocupaba había sido transmitida de padres á hijos, así aun cuando yo no hubiese sido mas que el destinado á heredar sus tierras, esta consideración era bastante para tasar en mucho mi existencia: pero yo aun era mas que un heredero. Este hombre severo é inflexible con todo el mundo tenía necesidad de amar alguna cosa: en mí fué en quien se fijó, como se había fijado en mi madre, según lo prueban sus celos. Por mi parte yo pagaba su cariño: le amaba como amaba á todos los que me rodeaban: por esto me mostraban todos la mayor afección. Conforme fui creciendo fué desapareciendo la debilidad de mi constitución y me hice un muchacho fuerte y robusto. Todos cuantos pasaban se detenían para dirigirme palabras de ternura, y no había cumplimiento de que yo no fuese objeto cuando, los días de fiesta, me llevaban á la ciudad.

Era en mi casa el Benjamin de mi tía, el querido de mi padre, el favorito de los antiguos criados, el joven dueño á los ojos de los jornaleros y muchachos empleados en la quinta, delante de los que yo hacía gala de una autoridad que debía hacerme muy ridículo.

Gregorio tenía tres años mas que yo. La tía Fanny siempre le trataba con bondad en sus acciones y palabras; pero la costumbre que había tomado durante los primeros años de su vida de no pensar mas que en mí y no ocuparse en otra cosa que en mi solo interés, impedía que tuviese el suficiente tiempo para ocuparse de mi hermano. En cuanto á mi padre, nunca depuso su aversión hacia el niño inocente que le había disputado el corazón de mi madre.

Yo mismo he tenido lugar de creer que le hacía injustamente responsable de la muerte prematura de su mujer y de la debilidad de mis primeros años: y, por muy absurdo que esto parezca, mi padre, en vez de combatir en su corazón el odio que conservaba á su primer hijo, le alimentaba como un deber. Sin embargo, nunca William Preston, negó al pobre huérfano cualquier cosa que pudiese procurar el dinero: era una cláusula de su matrimonio y William Preston era muy hombre de bien para faltar á su palabra.

Gregorio era un muchacho tímido, desgraciado en todo cuanto emprendía: bastaba que se ocupase él de alguna cosa para que saliese todo al revés. Y entonces, ¡qué de duros sarcasmos, qué de amargas palabras hacían caer como una lluvia sobre él todos los habitantes de la quinta! Esperaban que mi padre volviese la espalda para molestar y amenazar al niño. No puedo acordarme sin sentimiento que, muy dispuesto á pensar como el resto de las gentes de mi casa, no tenía escrúpulo alguno en tratar con dureza á mi desgraciado hermano. No me acuerdo de haberle nunca rechazado y de haberle levantado la mano; pero la costumbre de ver que me trataban siempre con preferencia me hacía insolente. Exigia frecuentemente de Gregorio mas de lo que él se encontraba dispuesto á conceder, é irritado de sus negativas, repetía las expresiones de menosprecio que había oído á los otros hacer flover sobre él: yo no comprendía sino vagamente su significado; ¡él le sentía mejor que yo? Lo temo, porque en circunstancias semejantes se quedaba de repente sombrío y silencioso. Mi padre, al verle así, le llamaba socarrón y obstinado, y mi tía Fanny, creyendo tomar su defensa, aseguraba que esto era pura tontería y pesadez de espíritu pero no perversidad. A fuerza de oírse sin cesar repetir que era un zafio y testarudo, Gregorio acabó por serlo. Durante horas enteras solía vérselo apoyado los brazos en la mesa, con la cabeza entre las manos, extraño á todo lo que pasaba á su alrededor, sin abrir su boca ni levantar sus ojos. Si mi padre entraba en estos momentos á darle algun recado, Gregorio se le hacia repetir tres ó cuatro veces antes de obedecer.

Cuando nos envió reunidos á la escuela, las cosas llevaron la misma marcha que en casa. Nunca se pudo obtener de Gregorio que aprendiese una lección, y el profesor, cansado de regañarle, y aun pegarle sin resultado, convenció á mi padre le sacase de la escuela para sujetarle á un trabajo que no fuese de inteligencia; este último golpe hizo á Gregorio, mas taci-

turno y abstraído que antes. No tenía malicia alguna, era un muchacho sufrido y servicial, no rehusaba, apenas pasado un minuto que se le acabase de maltratar hacerlos un servicio. Pero era poco diestro, y esta era la mala suerte que le acompañaba en todo cuanto emprendía y que frecuentemente sus esfuerzos mismos contribuían á un resultado peor.

Yo era, según parecía, un escolar inteligente, al menos solo recibía felicitaciones y cariños: el maestro de escuela del lugar pretendía hacer de mí un sabio; pero mi padre que no había recibido mas instrucción que la elemental, pensó que no me haría falta saber mas que él, y me sacó de la escuela para imponerme en la dirección de la quinta.

Se contaba con hacer de Gregorio un pastor, y, para enseñarle su oficio se le puso bajo la dirección del anciano Tobias, cuya mucha edad comenzaba á parar su actividad. El anciano Tobias fué el primero en formar una opinión favorable de Gregorio; sostenía que el chico tenía muy buenas cualidades, un tanto estropeadas por la rusticidad de su exterior; pero que cuando se trataba de encontrar cualquier cosa perdida en los pasos de la montaña ó en los senderos de los bosques, no había quien le igualase en todos los alrededores. Mi padre había querido también hacer lamentarse á Tobias de la tontería y torpeza de Gregorio; pero el anciano pastor no cayó jamás en la red; por el contrario al ver acercarse á su amo, redoblaba los elogios sobre la conducta del desgraciado huérfano.

Tocaba yo á los diez y seis años y Gregorio á los diez y nueve, cuando mi padre me encargó, un día de invierno, el ir á arreglar unos negocios en una aldea de los alrededores. Estaba distante como unas cuatro horas de nuestra quinta siguiendo el camino real; pero caminando por los senderos del monte podía acortarse el camino una hora larga. «Vé por donde quieras, dijo mi padre cuando yo me disponía á marchar: pero vuélvete por el camino real, porque en este tiempo la noche se acerca mas rápidamente que lo que se piensa, y frecuentemente se levantan grandes nieblas.» Además el anciano Tobias, paralizado en esta época y retenido en cama, pero siempre buen profeta, anunciaba una gran nevada para la caída de la tarde.

No tardé en llegar al término de mi viaje, y manéjé tan activamente mis negocios que estaban terminados una hora antes que había supuesto mi padre, y estando á mi disposición tomar el camino que mejor me pareciese, determiné volver por la montaña, y al efecto me interné en ella cuando el día comenzaba á caer. El cielo tenía un sombrío tinte, el viento permanecía tranquilo, un profundo silencio reinaba á mi alrededor.

Yo no había puesto en duda ni un solo instante que la gran nevada que se preparaba, no me dejaría llegar á la quinta de mi padre. Púseme pues en marcha apresurando el paso cuanto pude. La dirección del camino estaba de día perfectamente indicada. A pesar de diferentes encrucijadas de caminos y muchos senderos que parecían desembocar en un mismo punto, yo siempre me guiaba por algun objeto que me servía para conservar siempre la misma dirección, una gran roca, una reunión de árboles, un brusco declive de terreno; pero con la noche, que se apresuró mas que lo que yo creía, todo esto se hizo invisible. No obstante, me armé de valor y resolución, y en la primera encrucijada tomé el sendero que supuse ser el bueno. Estaba en un error, del cual me apercebi al encontrarme en un paraje pantanoso, solitario, salvaje y que quizás nunca persona humana había turbado el silencio que reinaba en este espantoso lugar. Quise llamar, con la vaga esperanza de ser oído, ó de darme aliento á mí mismo con el sonido de mi propia voz: pero esta voz breve y estridente no hizo mas que aumentar mi espanto: tenía algo de siniestra y rara resonando á través de la soledad y de las tinieblas del bosque. Súbitamente el aire se llenó de copos, y sentí la nieve caer en mi cara y en mis manos. Entonces me desorienté completamente, no reconocía ya el camino que me conduciría á la encrucijada de modo que ni aun me quedó el recurso de volver atrás. La nieve seguía cayendo mas y mas fuerte, las tinieblas se espesaban por momentos, y parecía que las podía tocar con mi mano.

El suelo pantanoso por el que yo pisaba se hundía bajo mis pies en cuanto me paraba un instante; avanzar, era esponerme á otros peligros. Toda mi temeridad de joven me abandonó entonces, y sentí que mis ojos se humedecían; un sentimiento de vergüenza retuvo mi llanto, y para distraerle empecé á dar grandes gritos: gritos terribles, llenos de angustia, porque, Dios mío, era de mi vida ó mi muerte de lo que se trataba. Detuve un instante mi aliento, con la esperanza de una respuesta; pero no, nada, nada mas que el eco respondí desde lejos á mis gritos, nada entre esta nieve silenciosa é imperturbable que caía rápida, cada vez mas rápida. Yo me sentí hecho presa de una languidez singular, por un invencible sueño; quise avanzar todavía, pero me retuvo el temor de los precipicios frecuentes en esta parte de las montañas. De

cuando en cuando me detenía y dejaba escapar un grito sofocado por las lágrimas, me asustaba el pensamiento de una muerte próxima y solitaria, y me aterraba al verla tan cercana.

Allá abajo, en la quinta, todos sentados, todos alrededor de un gran fuego claro y brillante, ignoraban el peligro que yo corría. ¡Qué pesar iba á causar mi muerte al corazón de mi pobre padre! ¡De cierto que no me sobreviviría! ¡Y mi tía Fanny! esta era la recompensa de todos sus cuidados. Toda mi vida me parecía un sueño extraño: las diferentes escenas de mi juventud, tan poco numerosas, ¡ay! pasaban ante mis ojos como una procesion de vagas y dulces visiones. En un último trasporte de desesperación causado por todos los recuerdos de mi corta existencia, reuní el resto de mis fuerzas desfallecidas para articular un último grito prolongado, dolorido, desesperado. No esperaba otra respuesta que aquellos suspiros débiles del eco á través del aire pesado. ¡Cuál sería mi sorpresa! otro grito que parecía responder al mío llegó á mi oído, grito prolongado, doloroso, salvaje, tan salvaje que un terror supersticioso se apoderó de mí, creí haber oído la voz de uno de esos genios del mal que habitan en las montañas y que figuran en los cuentos de las veladas en las quintas. Mientras tanto mi corazón empezó á latir con violencia, estuve uno ó dos minutos sin poder articular ningun sonido, el espanto me había retirado las fuerzas. A poco sentí ladrar á un perro. ¡Dios mío! era el ladrido de Finette, el perro de mi pobre hermano, y al que mi padre daba un puntapié cada vez que le encontraba al paso, habiéndole cobrado aversión ya por sus defectos, ya también por pertenecer á Gregorio. Cuando tal cosa sucedía, Gregorio hacía sonar su pito, é iba á sentarse con él fuera de la casa. Una ó dos veces, que un golpe mas fuerte que de costumbre había arrancado del pobre animal un gran gemido, mi padre, alegre con su misma brutalidad, había hecho recaer su humor en Gregorio, regañándole porque decía no sabía enseñar á su perro y declarando que con su estupidez habitual de dejarle venir á tenderse en la cocina, iba á perder sin remedio el mejor perro del mundo. A todo esto Gregorio no respondía nada, apenas parecía oírlo; miraba con aire abstraído y vago, y caía en un triste silencio.

¡Todavía, todavía este ladrido! Si, es él, es el ladrido de Finette. ¡Oh ahora ó nunca! Hice un esfuerzo supremo, levanté la voz y grité: «¡Finette, aquí! ¡Finette, aquí, por el amor de Dios!» No habían pasado diez minutos; el pobre animal frotaba contra mis piernas su hocico blanco y caliente, corriendo y saltando á mi alrededor, y levantando de cuando en cuando la cabeza para fijar sobre mis ojos inteligentes y espantados, como temiendo ser acogido con un golpe. No temas nada, ¡pobre perro! Yo lloraba de alegría y había caído de rodillas para acariciar á Finette: mi espíritu debilitado como mi cuerpo, no era capaz de raciocinar; pero el instinto me decía que el socorro se aproximaba; en efecto, una sombra al principio confusa se fué destacando mas y mas en el espesor de la niebla.

Era Gregorio envuelto en su capa de pastor. ¡Oh Gregorio! grité, arrojándome á su cuello sin poder articular una palabra mas. El no era aficionado á hablar, y permaneció algunos instantes en silencio. Cuando tomó la palabra fué para exhortarme á reunir mi valor y ponernos en marcha.

—De él depende nuestra vida, dijo. Es preciso, si nos es posible, emprender el camino de la quinta; y de cualquier modo es preciso menearnos para no morir helados.

—¿Sabes tú el camino? le dije.

—Creía saberlo cuando vine; pero al presente temo haberme extraviado: la nieve le cubre y creo, á cada momento, perdido el camino de la quinta.

Tenia en la mano su bastón de hierro del cual se servía para sondear el terreno, de modo que cogidos uno á otro, podíamos marchar sin gran peligro. Además, teníamos la persuasión que era un guía seguro el instinto de Finette y nos dejábamos dirigir por él; pero la oscuridad nos impedía ver á un pié de distancia. Gregorio tenía que llamar continuamente á su perro y observar la dirección que tomaba y seguirle por ese medio. Este lento ejercicio no impedía que mi sangre se enfriase: todas las fibras, todos los músculos de mi cuerpo parecían estenderse dolorosamente, luego hincharse y por fin paralizarse. Mi hermano soportaba mejor el frío, acostumbrado á vivir en la montaña. No abría la boca mas que para llamar á Finette, y á mí, que quería tener valor, y que aun cuando no se escapaba de mis labios un gemido, me sentía en poder de un sueño mortal que me hacía mas grande la oscuridad, y mas pesados los miembros.

—No puedo avanzar mas, dije á mi hermano con voz amortiguada.

Y me acuerdo, que le manifesté como si estuviese próximo á un letargo, que quería dormir: esto fué en cinco minutos, y me faltó poco para dormirme.

Gregorio se detuvo, y conoció que esta frase de sufrimiento era producida por la intensidad del frío.

—Será, en efecto, inútil ir mas lejos, dijo, como

hablando consigo mismo: no daremos con la casa sino nos ponen en camino; nuestra sola confianza y salud, es Finette. ¡Ea, envuélvete en esta capa y duérmete al abrigo de esa roca; en ese lado el viento no te incomodará, yo me pondré a tu lado y trataré de calentarte. Pero dime: ¿no tendrás una prenda que puedan reconocerla en la quinta?

Me incomodó que quisiesen retardar mi sueño; pero como me dijo estas palabras con un acento apremiante, saqué un pañuelo que pocos días antes había bordado para mí mi tía Fanny. Gregorio le tomó y se le ató al cuello de Finette.

—¡Vivo, Finette, vivo a casa, mi buen perro, a la casa!

Y el perro desapareció como una flecha arrojada en las tinieblas.

Al fin pude echarme y dormir. Sentí vagamente á través de la gran postración que me paralizaba que mi hermano me cubría con cuidado. No pensaba con qué; era muy egoísta, para reflexionar y pensar que en medio de este desierto, no podía cubrirme sino con las prendas que quitaba de su cuerpo. Sentí que concluía de arreglarme y colocándose cerca de mí tomó mi mano.

—Tú no puedes acordarte, porque eras muy pequeño, pero así estábamos reunidos el día de su muerte; así colocó tu mano sobre la mía: ella nos ve, y quizá en este momento, no tardaremos en reunirnos con ella. En fin, ¡hágase la voluntad de Dios!

—Querido Gregorio! murmuré yo. Y me acerqué mas á él para calentar mis miembros con los suyos. Siguió él hablando sin cesar, siempre de mi madre, hasta que, durmiéndome, deje de oírle.

Un instante después (esto me parece un instante) el ruido de muchas voces me despertó: muchas personas se encontraban á mi alrededor, y una impresión de calor delicioso estendió todos mis miembros; me encontraba en la quinta, acostado en mi cama. Gracias, Dios mío, la primera palabra que salió de mis labios fué: —¡Gregorio!

Todos los que me rodeaban cambiaron entre sí miradas extrañas: el rostro de mi padre se contrajo con el esfuerzo que hacia para conservar en sus facciones rígidas su expresión de impasibilidad ordinaria: sus labios balbucearon y sus ojos se arrasaron de lágrimas que no había yo visto nunca.

—Yo le había dado la mitad de mis bienes, yo le había bendecido como á mi propio hijo; ¡oh Dios mío! yo me arrodillé ante él para pedirle perdón por la dureza con que le he tratado.

No pude entender mas; sentí como un torbellino que pasaba en mi cerebro y me conducía á la tumba.

No volví en mí hasta dos semanas después. El cabello de mi padre se había vuelto blanco durante mi enfermedad, y sus manos temblaban visiblemente cuando me miraba.

No hablamos mas de Gregorio, no podíamos hablar de él, pero siempre ocupaba nuestros pensamientos; Finette iba y venía sin recibir golpes: de cuando en cuando mi padre extendía la mano para acariciarle; pero el animal, asustado, no comprendiendo la significación de este movimiento, huía apresuradamente, y el pobre anciano, avergonzado por este reproche involuntario, suspiraba y permanecía mucho tiempo en silencio sombrío.

Mi tía Fanny, siempre habladora, me contó la historia de la fatal tarde. Mi padre, irritado de mi larga ausencia, y atormentado, aunque no quería dejarlo conocer, llamó á Gregorio con un tono mas duro y amargo que de costumbre, llegando á echarle en cara la pobreza de su padre y su tontería que le hacia impropio para todo y una carga pesada para todo el mundo. En fin, Gregorio se dirigió á la puerta, y llamó á Finette que estaba oculto bajo de la silla de su dueño temiendo algun mal golpe. Un instante después, mi padre y mi tía cambiaron algunas palabras sobre mi vuelta. Al contarme esto mi tía me dijo que ella se había figurado que Gregorio había salido en mi busca al ver la tormenta que amenazaba. Tres horas después, cuando mi ausencia había sembrado el terror y el desorden en la casa, que todos ignoraban donde acudir con socorros, sin que nadie notase la desaparición de Gregorio, ¡pobre, pobre hermano! Finette llegó llevando mi pañuelo atado á su cuello. Se le reconoció, se comprendió todo, y las gentes de la quinta se pusieron á seguirle, llevando unos una camilla, otros las ropas, un tercero aguardiente y cada uno, en fin, lo que le pareció necesario. Se pusieron en marcha y me encontraron dormido y con vida todavía en la roca á cuyo abrigo me había conducido Gregorio y en el mismo sitio á que su perro había conducido á los criados de mi padre. Yo estaba envuelto en la capa de mi hermano y mis pies cubiertos con su chaqueta de pastor. El estaba á mi lado en mangas de camisa, uno de sus brazos pasaba alrededor de mi cuello, y una dulce sonrisa (casi nunca había sonreído durante el curso de su vida) se aconchaba á sus labios.

Las últimas palabras de mi padre fueron:

—¡Dios me perdone mi dureza de corazón con el desgraciado huérfano!

Y lo que, mejor que estas palabras, atestigua la profundidad de su arrepentimiento, si se considera el ardor de la pasión que profesaba á mi madre, éste fué un escrito que se encontró entre sus papeles después de su muerte.

Mandaba ser enterrado á los pies de la tumba, donde reposaba mi madre, y que había sido abierta por su orden, algunos años antes para depositar las cenizas de Gregorio, muerto por salvarme.

SOBRE LOS CONOCIMIENTOS ESPECIALES QUE NECESITA EL PERSONAL DE LAS ADMINISTRACIONES DE LAS FABRICAS DE SAL, PARA DIRIGIR ACERTADAMENTE SUS OPERACIONES, Y PROYECTO PARA GENERALIZARLOS, POR DON JOAQUIN IBAÑEZ RUBIO (1).

El folleto de que nos ocupamos, no es nuevo ni deja de ser bien conocido del público. Las varias felicitaciones dirigidas al autor por distinguidos empleados (y que hemos tenido el gusto de apreciar), prueban de un modo elocuente la buena acogida con que el personal administrativo, ha recibido el opusculo en que con la claridad y precisión posibles, solo al que reúne á la práctica de muchos años la constante laboriosidad (que ha distinguido siempre al señor Ibañez), manifiesta los conocimientos y datos que debe reunir el administrador que aspire á dirigir con acierto el establecimiento de su cargo, esponiendo la imprescindible necesidad de adquirirlos con el medio fácil y sencillo de lograrlo, demostrando lo mucho que influye en el resultado la mas insignificante variación en los procedimientos, y lo prueba esponiendo el mecanismo, sistema y analisis de las sales de varias fabricas nacionales y extranjeras sobre cuya organizacion administrativa produce estudios tan profundos y detenidos como dignos de consideracion.

Mucho pudiéramos decir acerca del mérito rentístico de esta publicacion, pero ni es nuestro objeto hacer un detenido examen de ella, ni dejan de detenernos consideraciones de delicadeza hacia el autor cuya conocida modestia no autorizaria ni aun estas líneas si lo consultáramos; pero con la imparcialidad que nos caracteriza, no queremos dejar de rendir esta corta muestra de aprecio al estudioso empleado, que ha sabido añadir á los escritos con que ya se distinguía en el ramo de sales, otro que es no menos interesante y completa una serie de razonados artículos, en que sin pretensiones de ningún género, ha tratado con mucha lucidez los puntos mas importantes de esta rama en su parte histórica, científica y administrativa.

Terminaremos repitiendo nuestra sincera felicitacion y para que nuestras palabras no se crean hijas de la adulacion, insertaremos la opinion emitida por la prensa haciéndolo de un solo diario en obsequio de la brevedad, no sin manifestar por conclusion nuestro mas vivo deseo de ver pronto restablecido de su penosa dolencia al autor, para que podamos abrigar la esperanza de ver terminado el importantísimo *Diccionario de la fabricacion*, de que se ocupa hace años y en el que hemos tenido ocasion de admirar los vastos conocimientos que demuestra en algunos de sus artículos. He aquí lo que decía La Correspondencia de España en su número correspondiente al 14 de julio proximo pasado.

«Hemos tenido ocasion de ver un razonado y concienzudo estudio sobre la renta de la sal, dedicado al señor Salaverría, y debido á la pluma del entendido antiguo primer comandante que fué del resguardo especial de sales y administrador cesante de varias salinas el señor don Joaquin Ibañez Rubio. Esta obra está consagrada á demostrar y encarecer la necesidad imperiosa de ciertos conocimientos especiales que todo el personal de las administraciones de las fabricas de sal debe tener para dirigir acertadamente sus operaciones. Al efecto, el señor Ibañez Rubio ofrece á la consideracion del ministro de Hacienda un proyecto para generalizar dichos conocimientos, proyecto por cierto muy digno de la atencion pública y en particular de la de los jefes superiores de dicho ramo. Sentimos que la indole de nuestra publicacion no permita insertar íntegro este curioso y utilísimo trabajo. Así como no es este el primer escrito notable rentístico que hemos visto del joven laborioso señor Ibañez Rubio, tampoco creemos sea el último á pesar del triste estado de postracion en que en la actualidad se encuentra.

J. L. G.»

Acaba de morir en Kensington Abington-House, pequeña morada de un barrio bastante retirado de Londres, una mujer que ha sido grande y poderosa, Moharannee Jindkore, favorita de Runjet-Sing, rey de Lahore, que después de la muerte de su

esposo, el fundador de la fortuna y de la gloria de los Sikhs, declaró é hizo dos veces la guerra á los ingleses, la que por su hermosura, sus vicios y sus crímenes, ha rivalizado con todas las celebridades pasadas.

Dió en sus jardines de Lahore espléndidas fiestas, que sobrepasaban á las de las hadas de los cuentos de las *Mil y una noches*; era tal su hermosura, que causaba delirio á cuantos la veían; tenía una altivez que hacia inclinar todas las frentes: era tan estremada su crueldad, que hacia cortar las cabezas de cuantos podian retardar un minuto con la sombra del mas pequeño obstáculo el logro de sus proyectos ambiciosos: mandó sucesivamente degollar ó encarcelar á los tres hijos que tenía Runjet-Sing, de otra favorita, para colocar en el trono ensangrentado á su propio hijo.

No salía mas que en palanquines de plata y oro macizos; poseyó mas diamantes y perlas que todas las emperatrices y reinas de Europa, y llevaba su frente ceñida habitualmente con aquella joya sin rival, el diamante *Kohinoor*, que ha deslumbrado con sus luces las dos exposiciones internacionales de 1851 y 1863.

Vencida, destronada, despojada de sus riquezas, ha pasado los últimos quince años de su vida en el destierro, la oscuridad y la pobreza.

Ha visto al hijo á quien queria asegurar un trono por una serie de crímenes inauditos, abjurar la religion de sus antepasados, aceptar una pension del gobierno á quien su padre y ella habían combatido sin gloria y sin resultado, y adornarse con las insignias de una orden creada por los conquistadores de sus estados, la *Estrella del Sur*.

Pero hasta el postrer momento se ha conservado tan fiel á sus principios y á las formalidades de la religion inda, que jamás ha comido con su hijo desde que cometió el perjurio, ni le ha dejado nunca sentarse ó imprimir su huella en la misma alfombra. Ha muerto olvidada del mundo, rodeada de algunos leales servidores.

Ahora se va á tratar de la manera de dar sepultura á sus despojos mortales.

Su hijo, el macharadjah Dulcep, que ha abrazado el cristianismo, quiere disponer sus funerales; pero no puede conseguir hacerla penetrar en las bóvedas de Westminster Abbey, donde el dean y los canónigos niegan la entrada á las principales ilustraciones de Inglaterra, bajo el pretexto especioso de no haber sitio, ó mas bien, porque no quieren transformar la antigua basilica en un campo santo.

El macharadjah quiere que la conduzcan á uno de esos cementerios por suscripción, como el de Norwich, por un sacerdote católico, ó un clérigo anglicano.

Dos de los servidores de la difunta sultana, Wicheh-Sing-Yageen-Dar-Kisharsin y K. Utry, apelan á la opinion pública por medio de los periódicos, con objeto de obtener la autorizacion para tributar los últimos deberes á la reina de los Sikhs, segun los usos de la religion de los indos, y de conformidad con los deseos manifestados por la Maharanaunée en su lecho de muerte; es decir, que sea quemado su cuerpo segun los ritos, y arrojadas sus cenizas en el Ganges.

Mercados. Los precios corrientes tienden con lentitud á la baja en los mas de los mercados, aun cuando los negocios de perentoria necesidad suelen hacerse sin alteracion en los valores corrientes.

En Barcelona no ha sido grande la variacion que han sufrido los precios, pues las pocas ventas de harinas que se han hecho han variado de 72 á 77 rs. segun su clase. El trigo de la Mancha, aunque con mucha dificultad para su colocacion, se vende de 72 á 74 rs., los regulares, y los superiores á 76; las jejias de 68 á 70.

En Jerez de la Frontera, el trigo nuevo se cotizó de 51 á 57 rs., siendo los precios del superior de 55 á 57 rs.; la cebada vieja de 26 á 29, y la nueva de 25 á 28; los garbanzos nuevos de 75 á 85 los medianos; los buenos á 94 rs.

En Arévalo el precio del trigo es á 43 rs. las 94 libras. Las cebadas fluctuan entre 27 y 28 rs. fanega.

En Santander se sostiene el precio de las harinas á 18 rs. arroba las de primera, y las clases bajas de 15 á 17 rs. arroba las de segunda y tercera.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 9 de setiembre.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, 53-15.
Idem diferido, id., 48-75.
Deuda amortizable de primera clase, 40-40.
Idem de segunda, id., 29-75.
Idem del personal, 24-75.

CAMBIOS.

Londres á noventa dias fecha, 50-10.
Paris á ocho dias vista, 5-22.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT,
Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1863.

(1 Véase el anuncio en la 4.ª plana.

CAJA DE SEGUROS Y SEGURO MÚTUO DE QUINTAS

DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO.

ASOCIACION GENERAL PARA REDIMIR EL SERVICIO DE LAS ARMAS,

AUTORIZADA POR EL GOBIERNO DE S. M.

Esta Sociedad tiene por objeto proporcionar recursos á los padres de familia para redimir del servicio de las armas á aquellos de sus hijos á quienes toque la suerte de soldado.—La suscripción se divide en dos clases:

1.ª Los Seguros á cuota y plazo fijo aplicables á los niños desde el nacimiento hasta que cumplen la edad de quince años, y se hacen pagando las cuotas únicas, ó anuales, que señala una tarifa especial calculada para obtener la suma de *ocho mil reales*, en el caso que toque la suerte de soldado al joven que se asegura; pero si éste se muere, se exceptúa ó queda libre, se devuelve al suscriptor la cantidad que impuso.

2.ª Los Seguros á cuota y plazo voluntario que pueden hacerse en todas las edades, pero se aplican principalmente á la de diez y seis á veinte años, ó sea hasta la víspera del sorteo. En estos seguros no hay cuotas determinadas; cada uno paga lo que quiere, y el importe de lo que todos pagaron se reparte entre los que salen soldados; pero según cálculo aproximado para que el reparto cubra la suma de *ocho mil reales* poco mas ó menos, los que se suscriban á la edad

de diez y nueve á veinte años deben pagar: 2,650 reales si residen en distritos donde puedan suponerse cuatro mozos útiles por soldado; 3,500 en los distritos en que la proporción se aproxime á tres mozos útiles por soldado, y 5,250 en aquellos donde no pase de dos mozos útiles por soldado. En las edades anteriores la cuota es menor, de donde resulta que la mayor ventaja está en suscribirse antes.

Con estas cuotas pueden aspirar los que les toque la suerte, á percibir la suma necesaria para redimirse, ó acaso mas, y á los libres quedarles en depósito una reserva suficiente quizás á asegurar el riesgo de las edades sucesivas, y si es favorable la suerte, al reparto de algun sobrante.

No se exigen al tiempo de suscribirse derechos de gerencia ni mas gasto que diez rs. por la póliza y el importe del sello correspondiente.

En toda clase de seguros se hacen por el Establecimiento fundador de la CAJA, anticipos para suscribirse con condiciones ventajosas y sin mas garantía que la póliza hasta la víspera del sorteo, en que se exige para conceder nuevos plazos.

Se suscribe y se dan prospectos y esplicaciones en Madrid, en las oficinas de la Dirección, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en provincias por conducto de los representantes de la Sociedad. En los pueblos donde no los haya pueden hacerse los seguros por medio de cartas que se dirigen á D. FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

SE ADMITEN SEGUROS PARA EL PROXIMO SORTEO.

LIBRO DE REDUCCIONES

QUE CONTIENE EN TABLAS

NO SOLAMENTE LAS MEDIDAS Y PESAS LEGALES DE CASTILLA REDUCIDAS A SUS CORRESPONDIENTES EN EL SISTEMA METRICO, SINO TAMBIEN TODAS LAS PARTICULARES DE CADA UNA DE LAS CUARENTA Y NUEVE PROVINCIAS DE ESPAÑA POR ORDEN ALFABETICO,

SEGUN LOS DATOS PUBLICADOS POR EL GOBIERNO,

ARREGLADO

POR DON DIONISIO IBARLUCEA.

Un tomo en 8.º de 200 páginas. Se vende á 4 rs. en Madrid en las librerías de don Leocadio Lopez, calle del Carmen, núm. 9 y de Bailly-Bailliere, Plaza del Príncipe Alfonso, núm. 16.

COCINERA DEL CAMPO Y DE LA CIUDAD, Ó NUEVA COCINERA ECONÓMICA.

Segunda edición española traducida de la XXXI edición francesa, y aumentada considerablemente en la parte que se refiere á la cocina española. Esta obra, la mas completa de su especie que se ha publicado en castellano, contiene: Modo de servir y trincar en la mesa.—Cocina francesa, inglesa, alemana, flamenca, rusa, española, provenzal, languedociana, italiana y gótica, con mas de 1,400 recetas ó preparaciones de sencilla y fácil ejecución.—Diferentes métodos y recetas de economía doméstica para conservar las carnes, pescados, legumbres, frutas, huevos, etc.—Un artículo circunstanciado de pastelería.—Método fácil para hacer helados.—De las bodegas, vinos y cuidados que exigen estos.—Propiedades saludables y digestivas de los alimentos.—Prontos socorros que deben administrarse en casos urgentes.—Medicamentos que pueden prepararse en casa.—Recetas de perfumería. Un tomo en 8.º de mas de 600 páginas. Precio: 16 reales en Madrid y 18 en provincia.

Espritualismo (et), curso de filosofía, por don Nicomedes Martín Mateos: cuatro tomos en 8.º mayor. Precio 80 reales en Madrid y 88 en provincia.

Se suscribe y se hallan de venta las obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Bayli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez Rubio, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pontejos; en la Americana, calle del Príncipe; en la de Guijano, calle de Preciados; en la Publicidad, Pasaje de Matheu, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales ó enviando letra del importe.

Ayuntamiento de Madrid

BETEGON ORTIZ Y COMPAÑIA.

Sociedad MERCANTIL protectora de las artes, el comercio y la industria, bajo la dirección de su fundador el SEÑOR BETEGON, procurador de los tribunales de Valladolid y su partido. CENTRO GENERAL DE NEGOCIOS, COMISION Y CONSIGNACION DE MERCANCIAS en correspondencia con las principales casas del reino y el extranjero. También se dedica á toda clase de OPERACIONES DE GIRO Y BANCA. Admite cuantos NEGOCIOS JUDICIALES se la confien, ya correspondan á los tribunales ordinarios, al de comercio, al de guerra ó al eclesiástico, y por último ADMINISTRA toda clase de fincas por solo un CUATRO POR CIENTO ANUAL y se anticipan cantidades sobre rentas de las mismas.

Las oficinas se hallan establecidas en Valladolid, Plaza de Santa María, núm. 15.

GUÍA

DEL VIAJERO EN ESPAÑA,

POR

D. FRANCISCO DE P. MELLADO.

NOVENA EDICION.—1863.

Contiene una noticia geográfica, estadística, histórica y administrativa del reino.—La descripción de Madrid y de las principales poblaciones de España.—Noticia de las carreteras generales y transversales que conducen de un punto á otro, espresando la distancia de la Corte á las capitales, costas, fronteras y pueblos importantes, y de estos entre sí.—La descripción de todas las líneas de

FERRO-CARRILES

abiertas ó próximas á abrirse al servicio público en España, inclusa la del Norte, y la de Bayona á París, con el nombre de las estaciones, la distancia en kilómetros y un mapa itinerario, topográfico y de caminos, aparte del texto, hecho espresamente para acompañar á esta obra.

Un tomo en 8.º de 600 páginas, impreso con lujo y elegancia en papel superior. Precio: 16 rs. en Madrid y 19 en provincia, á la rústica. Encuadernado en tela con planchas de relieve, 19 rs. en Madrid, y 24 en provincia.

SOBRE LOS CONOCIMIENTOS ESPECIALES

QUE NECESITA EL PERSONAL

DE LAS ADMINISTRACIONES DE LAS FABRICAS DE SAL,

PARA DIRIGIR ACERTADAMENTE SUS OPERACIONES

Y PROYECTO PARA GENERALIZARLOS,

POR D. J. I. R.

Este interesante folleto puede adquirirse remitiendo en libranzas ó sellos de franqueo los cinco reales de su precio á don Gumersindo Gonzalez, calle de Fuencarral, núm. 85, entresuelo, Madrid, indicando la dirección que debe dársele y se remitirá á vuelta de correo franco de porte.

MANUAL DE CAMBIOS, IMPOSICIONES, ANUALIDADES, INTERESES Y DESCUENTOS.

GUÍA DEL COMERCIO

Y DE LOS IMponentes EN LAS CAJAS DE AHORROS

Y SOCIEDADES DE SEGUROS.

Contiene mas de trescientas tablas señalando los cambios de *reales á francos*, desde un real hasta 20 millones, al precio de 5,01 á 5,56; los cambios de *francos á reales*, por igual cantidad y precio; los cambios de *reales á libras esterlinas*, desde un real á 20 millones, al precio de 48,00 á 53,25; los cambios de *libras esterlinas á reales*, por igual cantidad y precio; tablas para hallar el tanto por 100 de cualquiera suma desde 1 á 90; tablas del interés compuesto de todas las cantidades á 1/2, 3/4 y 1 por 100 al mes, capitalizado por meses, por trimestres, por semestres y por años; tablas para sacar el interés de una cantidad cualquiera dentro de una fecha determinada; tabla para hallar los días comprendidos entre dos fechas.—Valor de las monedas de España y de todos los países del globo.—Tablas para saber la cantidad que debe imponerse con objeto de formar un capital determinado, según el plazo y el interés que se abona.—Calendario civil y religioso hasta el año 1900, con otras muchas noticias y métodos encaminados á facilitar las operaciones de comercio, economizando el tiempo tan precioso para los comerciantes, y á servir de guía á los imponentes en las cajas de ahorros y sociedades de seguros que tan prodigioso desarrollo van teniendo en nuestro país. Un tomo en 4.º, di cion esmerada y correcta, en buen papel.

Precio 20 rs. en Madrid encartonado á la inglesa y 24 en provincia.